

sobre todo  
 aspiro a equivocarme una y otra vez  
 con la misma vehemencia  
 con la misma ciega fiebre;  
 a no hacerme hábil y oficioso  
 Porque no me basta el furor del victimario.

(De *Los paisajes fragmentarios*, p.81)

## Juan Gustavo Cobo Borda

*Carta de México*

# Encuentro con Reinaldo Arenas en este mundo alucinante

**H**ace unos meses, en la ciudad de São Paulo, al salir de un restaurante donde un grupo de amigos habíamos celebrado la entrega del premio Nobel a Octavio Paz, leí en la primera página de un periódico que Reinaldo Arenas se había suicidado. La noticia me horrorizó. Algunos amigos mutuos me habían informado acerca de su enfermedad; sin embargo, otros habían desmentido el hecho. Toda una serie de recuerdos acudieron a mi

mente y la enorme alegría que experimentaba por ese premio se unió a una extraña melancolía. Conocí a Reinaldo Arenas en una conferencia que impartió en Yale en 1981, e inmediatamente nos hicimos amigos. Era la primera vez que visitaba esa universidad desde que se había exiliado en Estados Unidos. Después de su charla cenamos con Emir Rodríguez Monegal y otras personas que asistieron al acto. Durante la sobremesa, Reinaldo me preguntó si podía quedarse en mi casa esa noche para no regresar tan tarde a Manhattan. Le dije que desde luego, y su visita se prolongó por varios días. En ese primer encuentro hablamos mucho. Sin embargo, mi relación con la obra de Arenas había comenzado varios años antes. Me referiré a ella.

A principios de la década de los setenta, con motivo de un homenaje a León Felipe, el novelista español Camilo José Cela pasó una semana en la Ciudad de México. Durante su estancia tuve la oportunidad de estar con él varias veces. Recuerdo que uno de los temas sobre los que habló fue el caso Padilla y la forma en la que el gobierno cubano perseguía a los homosexuales de la isla. Aquello me parecía una aberración. A pesar de que gran parte de los muchachos de mi edad simpatizaban ciegamente con la tiranía de Fidel Castro, yo tenía conciencia de otra realidad a través de los comentarios de algunas personas enteradas. Paradójicamente, gran parte de los cubanos que habían ayudado a mis abuelos y a mi madre cuando llegaron a La Habana después de la guerra civil española —liberales defensores de un orden democrático—, con la toma del poder por Fidel Castro habían corrido —en el mejor de los casos— la misma suerte que mis abuelos y mi madre, teniendo que exiliarse.

Por esas mismas fechas, una estudiante de doctorado de la universidad de Oxford vino a México a estudiar la obra de Manuel Altolaguirre. Ante la ausencia en el archivo que conserva mi madre de publicaciones y ediciones relacionadas con la estancia de mis abuelos en Cuba, nuestra amiga inglesa me propuso que la acompañara a la isla para fotocopiar lo que allí encontráramos. Para mi sorpresa, cuando fui a pedir mi visado a la embajada, la burócrata encargada de recibir los documentos, me dijo a gritos y sin que yo hubiera emitido una sola palabra, que para entrar a Cuba tenía que «cortarme el pelo, abotonarme la camisa» y, además, «que

me quedara claro que por ningún motivo querían maricones». Después de decirle en tono paródico y un tanto amanerado: «Señora, no sé cómo usted se ha dado cuenta de mis predilecciones...», le pedí que me devolviera mis documentos y decidí no viajar al paraíso revolucionario.

Para colmo, por aquellos mismos años, un matrimonio chileno exiliado en México, perteneciente a un partido de ultraizquierda, a quien yo había ayudado a conseguir becas para sus hijos y trabajo para ellos, cuando supo de mi sexualidad quiso retribuir el favor que les había hecho, sugiriéndome, en una especie de corte marcial que habían organizado en su casa, que fuera a Cuba para que a base de electro-choks me curaran de la «perversión burguesa» que me había desviado.

Fue por esas fechas cuando cayó en mis manos *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas. El libro me fascinó. Inmediatamente me di cuenta de que la novela operaba en distintos niveles. Uno de ellos era una alegoría de la situación cubana. Con una habilidad poco común, Arenas, al presentar los horrores de la inquisición católica en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX en la Nueva España, aludía a la inquisición comunista en la isla. La forma en la que el novelista hace la transferencia es clara desde el principio. El héroe fray Servando Teresa de Mier es el propio Reinaldo Arenas. En la primera carta a Servando, es decir, en la primera página del libro, el narrador dice: «Lo más útil fue descubrir que tú y yo somos la misma persona.» Sin duda alguna, la novela de Arenas pretendía hacer evidentes la persecución y la resistencia que él mismo estaba viviendo en su patria. Además, a través del simpático fraile regiomontano, el novelista lograba transgredir los dogmas políticos, morales y sociales del castrismo. Con la creación del andrógino personaje «Orlando, rara mujer», inspirado en el personaje con el mismo nombre de Virginia Woolf, conseguía lo que se había propuesto.

Después de mi lectura de *El mundo alucinante*, con frecuencia preguntaba en las librerías si había aparecido otro libro de Reinaldo Arenas, y siempre salía con las manos vacías. El motivo lo supe años más tarde: Arenas se encontraba preso, primero, en la cárcel de El Morro y después en un campo de concentración donde desde luego le tenían prohibido publicar. El motivo: «editar libros fuera de Cuba» y «homosexualidad», delitos entre otros calificados por el Estado «revolucionario» con los

nombres de *Peligrosidad* y *Diversiónismo ideológico*. A pesar de que Arenas había escrito durante ese período varias colecciones de poemas, un volumen de cuentos y dos novelas, incluyendo *Otra vez el mar*, narrativa que tuvo que escribir varias veces porque siempre era confiscada por la policía, la edición de esas obras no se llevaría a cabo sino hasta años más tarde, cuando el novelista ya se encontraba en el exilio.

Por fin, en mayo de 1980, Arenas logró abandonar Cuba junto con los otros 125.000 refugiados que embarcarían en el *Mariel*. Al poco tiempo de su llegada a Estados Unidos, el escritor cubano impartiría en la universidad de Yale la conferencia a la que me referí al principio de estas páginas. En esos días que pasé en New York me habló de su infancia, de la dictadura de Batista, de sus años como estudiante, de sus lecturas, de los horrores del castrismo, de la cárcel, del campo de concentración y de lo difícil que estaba siendo para él adaptarse a Estados Unidos. Después de diez años, recuerdo sus palabras en la transparencia del aire de aquella primavera de Nueva Inglaterra. Al escucharlo, mientras comíamos o cenábamos o dábamos un paseo por las calles de la ciudad, percibía todo el dolor que durante años había acumulado en su cuerpo. Miseria, traiciones, persecuciones, cárcel y tortura habían sido para este escritor admirable el pan nuestro de cada día.

Reinaldo Arenas había nacido en una familia de campesinos pobres en el interior de la isla. A los catorce años intentó incorporarse a las guerrillas de Fidel Castro que combatían en la provincia de Oriente; intento que le fue frustrado por no tener la «edad suficiente» ni estar armado. Ante el fracaso de su hazaña tuvo que permanecer en el monte durante muchos meses para no ser apresado por el ejército de Batista, que ajusticiaba a los rebeldes que se habían levantado. Sus dificultades con el gobierno «revolucionario», empezaban a mediados de la década de los años sesenta. Como el mismo Arenas lo relata en un libro, en aquel entonces «acabábamos de salir de una dictadura y en mi espíritu estaban ocurriendo otras aventuras, otras revoluciones, desde la poética hasta la erótica». Por esas fechas, el gobierno castrista lo expulsa de la universidad por «reunir condiciones de dudosa moralidad e ideología política». A partir de ese momento empiezan las persecuciones por parte del Estado hacia él, que culminan en los repetidos